

Amadeus, Julia y el niño

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Amadeus, Julia y el niño (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Al cansancio lo sintió como una joroba en la espalda, pero su conciencia estaba limpia. Dejaba de subsumirse a pesadillas en terribles ciudades y aldeas, y a aquello que lo había falsificado. La Corona lo situó entre los amados y los detestados, y él no supo jugar dentro de esa demarcación.

Desde lejos juzgó que una mujer le acarrearía una derivación milagrosa. Ella le había pedido que se alejara de la Corte, recuperara la alegría, y se engrandeciera dentro del anonimato. Por su intermediación ejecutaba ese plan de trazos sencillos. Con Julia a su lado, se desligaría más cómodamente de lo que antes consideró imprescindible.

El hombre emprendió su marcha por un área espesa. Había zanjas que rivalizaban en tamaño entre sí y hacían añicos la frágil dirección; los enredos de esos espacios le resultaban perturbadores. La naturaleza era agitada por el viento y las excesivas vegetaciones tapaban lo que se sucedía más allá. Le tomaría tiempo tamizar esas distancias en un sendero juicioso. Pero si su fervor decaía y se encarecían los que lo habían denunciado malamente, perdería esa pequeña pleitesía que le concedía lo temporal. Si arribaba al recluso lugar en que lo esperaba Julia, ya no sería aplaudido ni vituperado.

Había sido miembro de un desprestigiado gobierno y el hecho que pidieran su renuncia no se trató de algo insólito. Ese mal trago le había ocasionado ansiedad y largas noches de insomnio. La época había sido cercada por las anacoretas y nefandas políticas del círculo imperial. Sus ganados laureles fueron trozados, y no fue reivindicado ni nadie se levantó a defenderlo como un acto primordial de justicia.

Dentro de la anchura de esos campos, puso en su cara una sonrisa de contentamiento, y pensó como los insultos volaron velozmente de boca en boca. Sus contrincantes lo despojaron de su concisa jerarquía, y lo incluyeron en el naufragio. Había roto con los ideales victorianos, por lo que fue acusado de escéptico y cínico, y de haber tramado medidas que pusieron énfasis en la disolución. Fue removido amablemente como la brevísima oportunidad que se le da a aquel que pasa por un trance funesto (y algo que era relevante subrayar con el fin de atribuirle la mayor

parte de las fallas).

Perjuró que el ritmo de las medidas gubernamentales haría avanzar una guerra que originaría virulencias nacionalistas, sustentadas en la creencia que el fuego no sólo simbolizaba a la pureza, sino que además era hacedor. Por ahora, la guerra se reducía a ser un insinuante desasosiego y una creciente amenaza, pero bastaba que se derramara sangre para que se genere un grito que llamase a la atrofia del panorama mundial.

Con esa y otras especulaciones, su mente se balanceó durante su hundimiento en esos llanos poco transitados en donde inmensas avalanchas de hierbas ampliaban las posibilidades de errar. No confrontaría con sus enemigos, ni se enrostraría en la debilidad de conversar con ellos. Se desligaba de esos perversos y corruptos, y de aquello que había que dejar atrás. Por lo que se había abocado a desairar a sus admiradores, rechazando fiestas y recibimientos clamorosos con la idea de enfilarse hacia un exilio que tenía muchos puntos en común con una persecución.

Adujo sufrir atontamientos, y tener dificultades en citar a lo numeroso que desde el alba abarrotaba a su memoria. Se le borraban las diferencias entre los sueños y las experiencias que le hacían jadear y mover inconsecuentemente los brazos. Esa disparidad le fomentaba subsecuentes torpezas. Tenía que adentrarse en una zona geográfica con la que no estaba familiarizado, pero que le permitiría alejarse de los censos malvados, de las tragedias que no se perciben en las estadísticas, de cuestiones impensables, y de la mala fe que nunca fue excepcional. Se apartaba de masivas miradas irónicas, de los oscuros vínculos que teje la traición, y los presentimientos viciosos. Su único objetivo era volver a ver a su amada a la que le había propuesto casamiento.

Pero lo que pensó Stephan Amadeus no es algo central a éste relato, ni de algún aspecto de su prédica o sus palabras derivará esta narrativa. Tal vez participó de lo común que consignan los individuos en desgracia, aquellos que temen, al despertar, que algunas porciones de sus cuerpos fueran avistadas manchadas con sangre. Se dijo que apenas era un hombre, o sea un príncipe al que le pesaban los instintos.

Existieron contradicciones y pugnas entre su corazón y su intelecto; respiraba con pánico al adivinar las carencias. Pero esa indeterminación de su destino no duraría para siempre; los rígidos ecos que lo abrumaban, se derretirían con los murmullos de Julia, quien lo recibiría en el portal de su casa portando la tenue luz de una vela.

Como cualquier persona sensata, Amadeus se introduciría en la dinámica del vivir sin considerar la severa calificación que le daban los otros. Su trabajo era separar su historia de los espurios ensayos que los demás hacían sobre esta. A aquello que residía afuera de su ser, lo contaba como

trances vaporosos cuyos matices eran graduados por la indiferencia.

Y la mujer estaba en una esquina amparada por los astros, y cuando la viera, cedería a su más fuerte impulso que era el de abrazarla. Al tocar su cuerpo explotarían sus emociones, y lo malo se desvanecería, y no habría más desgarraduras en su alma. Su afán consistía en vencer a esas episódicas distancias que impedían que ella se hiciera real.

Estaba en un punto móvil ante el enorme horizonte que lo enfrentaba con las inquietudes y zozobras que lo recorrían. Mientras se abría paso, olió una sustancia pringosa; los briosos vientos del atardecer se liaban a vagas humaredas. Con desenfado se aventuró dentro de los matorrales, alegando que nunca se sometería a las insinceras mareas de vientos, o a aquello que lapidase a su simple ambición. Sin querer, sus ojos se cerraron para lagrimear, pero calculó que eso se debió a las excesivas evocaciones que hizo.

Pronto, notó que al cielo lo cercenaban líneas de pájaros que se alejaban. Planeaban con un definitivo furor por respeto a las sombras que se avecinaban, y se recogían en otros sitios de acuerdo a las fases viejas de sus viajes. La noche era el velo indecoroso que los haría volar a la deriva, por lo que volverían a sus nidos con la intención de almacenar a los vuelos en sus alas. Los vientos de las alturas dejarían de ser los desfiladeros que transitaban con felicidad.

Volvería a ver a Julia y en cada paso que daba, atesoraba una mayor expectación. Se acabarían los contratiempos, los relatos infundados, y aquello que se espejaba en la ilusión. Ella estaba en la otra punta del camino, en un lugar donde la oscuridad se aproximaba con más rapidez.

Sabía que en esa noche habría luna, pero al curso de los acontecimientos no lo podía calcular directamente. No quebraría a su optimismo ni rebajaría el entusiasmo de los latidos de su corazón. Se dijo que en esencia no estaba marchando a la deriva. Stephan incrementó la tracción de sus piernas, y se empeñó en penetrar en el núcleo de ese territorio inmenso.

Ella sabía de los hondos problemas de Stephan, de los entredichos con los que se superpuso, y de la intemperie que los separaba en ese instante.

Stephan se encaminaba manteniendo un respetable porte por un paisaje que se iba cubriendo con una modesta neblina. En esos espacios incuestionados las unificadas texturas del cielo permitían que se percibiese la aproximación de la noche.

Julia solía despertar sensaciones populosas en las sangres de los hombres; generaba atención cuando pasaba o se la veía venir. Era

celebrada en los grandes salones y hasta se la mencionaba en los palacios de cristales de París.

De repente, Stephan se sintió agotado y se sentó en un tronco. La expectativa de estar a su lado le había hecho perder la cuenta de las horas, y temió que esas vegetaciones embusteras edificasen muros. También pensó que, frente a la grandeza del universo, su condición era la de un desvalido que ingenuamente se introducía en lo inconmensurable. Advirtió que nada le fue regalado, y en su pecho se mezclaron sentimientos inescindibles al amor y al odio. Francamente se aseguró que si no se separaba del pasado perdería su sanidad; los locos eran los que no podían salirse del ayer porque reconocían a sus bordes como la única frecuencia válida del tiempo.

Recordó a la fisonomía de la entrada al pueblo en donde vivía Julia, a su arco de piedra, sus fuentes antiguas, y a su apabulladora tranquilidad. Sus calles no eran estrechas, los carruajes transitaban sin dificultades, y en el centro había un pequeño parque que era hollado por aves silvestres. Escuchó a lo herrumbrados rugidos del viento, y eso lo impulsó a continuar. Se despabiló, no tenía un horario fijo, pero sí una meta; no sería ardua la caminata hasta la soñada locación.

II

Una cartera era todo lo que llevaba Julia cuando la luna empezó a deletrear con vigor a la lejanía que la relegaba de Amadeus. ¿Podía ser que el encuentro se hiciera inaccesible, que la alegría se transforme en pena, y el destino se ciñera a un raro desdoblamiento? No estaba temblando, únicamente recogió su cabello frente a los avistados recorridos de las primeras y gentiles estrellas.

Los mapas ponían lógicas sobre los campos, pero tal vez estos no hubieran bastado para orientar a Stephan, por lo que había mandado a alguien a buscarlo por los pasillos de pajonales, un emisario que carecía de malicia. Se manifestaban coincidencias deseables: el amante afligido que se acercaba, la luna, las cigarras... nada saldría mal. Stephan se apresuraría en llegar ya que no lo bloquearían las figuras que a veces dibujaba el barro y estaban locas de cólera.

Julia declaró hostilidad a los murmullos que rondaban por su mente; por estos había mandado a una persona a salvaguardar a Stephan. Había tomado prestado de una madre a su primogénito al que le habló de paseos por ferias, parques, y zoológicos. Pero lo instó a posponer esos entretenimientos; debía evitar que se produjera el retiro subsiguiente a

las noches.

Stephan Amadeus sintió sueño, pero el ahínco no lo abandonó. Repetía una pisada tras otra y contemplaba con horror la idea de desviarse. Había viajado por Inglaterra, Irlanda, y Flandes, y ahora se encontraba en donde no había una ruta definida ni la posibilidad permanente de desplazarse. El aire cargaba con cenizas cuyo significado era que todo en la tierra estaba hecho con materias volátiles.

En eso meditaba cuando apareció un niño que era casi tan alto como él, y quien le aseguró que lo guiaría hasta Julia. Andaba con una misteriosa y tranquila seguridad, como si su presencia en esos lares fuera normal. Stephan no le indicó que se había despistado, y fácilmente se identificó como el hombre enamorado de Julia. El niño no lo trató con una especial prerrogativa ni se interesó por su presentación, sólo habló de su encomienda, de los marasmos que infundían esas contigüidades, y se irguió muy satisfecho por haberlo ubicado. Había que poner un poco de tesón, y luego bailarían con Julia en una fiesta en la que nada sería hermético.

Estaba resuelto a propiciar esa reunión; lo dirigiría con acierto sin que de sus labios salieran palabras confusas. Se sentía adecuado para esa labor, aunque no se consideraba un maestro. Y le lanzó la certera admonición que a los caminos primero había que crearlos en la mente, y recién después seguirlos con las pisadas.

Cuando Amadeus le preguntó quién era, el niño le respondió que era aquel sabía por dónde había que ir para reencontrar a Julia. Y no sonó altanero, sino como quien posee una rústica fiabilidad. Su rostro concentraba una convicción sincera; encabezaría la marcha porque conocía esos contornos ya que se había introducido en estos en cientos de ocasiones. Y en un poco más de una hora discernirían a la silueta del pueblo si caminaban a paso vivo. Debían andar sin hacer caso a las ostentosas rutinas de los sapos y las culebras que dotaban al lugar con un aura encantado.

Esa fue un pintoresco comentario; era un extraño niño, tenía una impronta precoz, y no improvisaba simulaciones ni mentiras. Y como guiar al viajero no era desacostumbrado en esa parte del país, Stephan le agradeció con un cansado gesto (que implicó su renuncia a evaluar si fue providencial o no su arribo). Tal vez quedó algo molesto por no poder arreglárselas solo, pero era preferible confiar en alguien del lugar... aunque fuera un niño que surgió del éter con chispas de teatralidad y curiosas narraciones. Quería juntarse con Julia antes que sus deseos se hicieran fiebres, y con la aparición del niño aceleraría ese dichoso devenir.

Julia le había dicho a este:

-"Debes encontrar a Amadeus, y evitar que se pierda o haga inservibles rodeos".

Así caminarían por un sendero real antes de que la delicada luz del sol se borroneara, y la oscuridad arquease al cielo. También le ofreció juguetes, algún dinero, y su agradecimiento incondicional; tomados de los hombros tararearon una melodía muy conocida, y al niño ese acercamiento le produjo una alucinación. Él entendía lo que fluía dentro de esos campos que nunca fueron rotulados, y habían sido abandonados a la buena de Dios o a las honrosas comisiones de aquellos que los recorrían. Observó a la mujer y sonrió, no había nada cuestionable en ese trato.

Durante la tensa composición de la espera, Julia no oyó ruidos ni algo malo que se enmascarase en la regularidad. Era sólo ella y un espacio en el que iban floreciendo las sombras, y en el que jamás podría acontecer una interrupción desagradable, como la de un ángel que cayera del cielo y se convirtiera en murciélago.

El niño le dijo a Amadeus que tenía nueve años y medio, y que en seis meses cumpliría diez (a eso lo comprobó con los dedos que, abiertos, llenaron a la extensión de sus manos). Se creía el dueño de una inequívoca adultez en la que sabría lo que era necesario saber, y se intensificarían sus emociones. Entonces no se preocuparía por nada, y se quedaría hasta la madrugada despierto.

En un tramo le contó de su familia, especialmente de su hermana Rose que no se expresaba bien y robaba sus cosas; eso lo ponía furioso, pero no podía hacer mucho porque era muy chiquita. Luego le aseguró que leyó lo que escribieron los hombres muchos siglos atrás, que a veces cuchicheaban felices y después se sentían defraudados... pero debido a su perseverante manía por leer temía que le surgiera una extensa curvatura en la espalda. Sabía que era muy alto y qué cuándo fuera grande usaría barba porque así se parecería a uno de sus tíos. Tal vez se haría un marinero cuya predilección sería navegar por mares abiertos y ser acariciado en el rostro por las brisas imperantes.

Amadeus lo miró sonriente y le preguntó cómo se llamaba. "Andy" fue la respuesta. Repitiendo su nombre, el hombre alabó las virtudes de los marineros como superiores a las de los sabios.

III

A un tiempo ocurrió lo tremendo e indeseado: un incendio brotó en esos campos que se convirtieron en caóticos de acuerdo al más elemental

adjetivo que siempre se anexó a la destrucción.

El viento se convirtió en un temido enemigo que no se agazapó ni permaneció oculto, porque propagó a las llamas indiscriminadamente. Y cómo de continuo ocurrió en la historia de la humanidad, lo que había sido tenido como un inescrupuloso edén se convirtió en el infierno.

Y a los crujidos de los ramajes atizados por el fuego se plegó la horrenda terminación. Amadeus murió dentro de esos dilatados contornos que se contrajeron hasta hacerse ínfimos, pero no Andy, que en la confusión logró llegar hasta un riacho que lo mantuvo protegido de esos laberintos de paredes calcinantes. El niño logró salvarse del incendio dentro del estricto reverso que habían hecho las aguas.

Julia siguió esperando con la certeza que la finitud jugaba a su favor, y se reencontraría con Amadeus. Esperó obstinadamente, pero pensó que sólo era una mujer y no podía enfrentarse a la noche en forma indefinida.

Estaba algo demacrada cuando divisó a Andy. Intentó abrazarlo, pero el niño se corrió de lugar. Y habló de asuntos baladíes hasta que se quebró.

- "¡No habrá fiesta de casamiento ni resplandecientes anillos porque la muerte habló primero!".

Andy le relató cómo se había salvado después de perder de vista a Stephan Amadeus... las llamas, promotoras de fatídicas divisiones, no permitieron que el hombre lo siguiera. A sus nueve años y medio dijo que la vida no era más que un árbol sometido a devastadoras tempestades, una sinrazón que nunca se podría descifrar, aunque se hicieran miles de pesquisas.

Julia negó o no quiso reconocer las palabras del niño, y llamó a gritos a Amadeus al suponer que aquello se trataba de una despiadada broma. Pero la realidad perdía sus formas y tiznaba a los titileos de las estrellas; finalmente se abatió y le afloraron pretextos para morir.

Andy vio la pena de la mujer y no actuó con indecisión: le dijo que en apenas seis meses cumpliría diez años... y le propondría matrimonio.

Fin